

disilà...  
...là

Daniel Sedcontra

## Cristianismo ficcional

© del texto: Daniel Sedcontra  
© de la presente edición: *incorpore* y *Arena Libros*, 2020

[www.incorpore.org](http://www.incorpore.org)  
[www.arenalibros.com](http://www.arenalibros.com)

Diseño de cubierta y maquetación: Albert Coma  
Impresión: Gráficas Rey

Depósito legal: B 17624-2020  
ISBN: 978-84-120147-6-1



*A Andrea. Sin ella no existiría este libro.*

« *Mettons que nous ayons écrit une fausse étude.* »  
Pierre Klossowski, *Nietzsche et le cercle vicieux*

« *Je reste très respectueux de l'Église Romaine.* »  
Pierre Klossowski, *Le secret pouvoir du sens*

**EN TORNO A UN PARADIGMA  
POSTMODERNO DE CRISTIANISMO**

### **Hacia un cristianismo ateo**

Hay mucho de inconveniencia en cualquier intento por rehabilitar el mensaje cristiano. El mundo lleva siglos apartándose de él con constancia inexorable, mientras la propia institución que vehicula ese mensaje es la primera en trabajar para su descrédito. Toda esa ingente literatura sobre un Dios crucificado, vuelta opaca e ilegible, se ha quedado sin interlocutor, y empieza a acumular el polvo del olvido. Y sin embargo, a pesar de tenerlo todo en contra, el escándalo de la cruz constituido en signo, atravesando siglos de tergiversaciones y fechorías, todavía es capaz de ejercer su interpelación, sorda e irrazonable, en alguna parte recóndita del individuo. Porque a la sombra del cristianismo institucionalizado, existe un cristianismo otro, no solo escrito en sus márgenes, apócrifos o heréticos, sino también inscrito como en filigrana en los intersticios de su teología más ortodoxa. Protesta del mensaje contra el mensaje, mentís profundo que, describiendo punto por punto todo lo dicho por el dogma, llama a la reescritura. Una cosa es segura: si, de entre los escombros del actual cristianismo en declive, hay todavía alguna verdad vigente, esta, con toda certeza, no

concuera con la verdad inmutable en la que la fe católica ha decidido anquilosarse desde hace siglos.

Hans Küng, en su monumental obra *El cristianismo*<sup>1</sup>, pone de relieve cómo la verdad cristiana, al igual que toda verdad, está sujeta a historicidad. De ahí la elaboración de una historia de los dogmas en términos de paradigma. El autor, empero, concluye su recorrido prácticamente con el denominado «paradigma racionalista y progresista de la modernidad» representado por Friedrich Schleiermacher, como si después no hubiera habido nada más, o como si las vicisitudes del pensamiento, de la cultura y de la experiencia humanas no hubieran sido más que prolongaciones de esa modernidad y no pudieran leerse sino en clave neoilustrada.

¿Pero qué hay de la llamada genéricamente postmodernidad? En el último capítulo, el teólogo suizo despacha apresuradamente esta cuestión reduciendo el posible paradigma postmoderno de cristianismo a un vago ecumenismo religioso. ¿Deberá, pues, el cristianismo quedarse anclado en una constelación conceptual deudora sobre todo del siglo XIX? El silencio de Küng no solo se debe a una lectura tendenciosa, también obedece a razones objetivas: el rechazo cristiano a dar un paso más allá del racionalismo humanista que lo habría conducido inevitablemente al ateísmo.

Esa abstención cristiana adquiere su máxima expresión en la pertinaz negación de un hecho consumado en Occidente: la muerte de Dios en cuanto abandono de toda creencia en él y erradicación histórica de Dios de la faz del mundo. De manera que *la crisis, la decadencia del cristianismo, no proviene de la muerte de Dios en sí, sino del hecho de no haber admitido ese acontecimiento*

---

1 Hans Küng, *El cristianismo*, traducción de Víctor Abelardo, Trotta, Madrid, 1997.

*crucial*. En este punto es donde reside la clave para lo que habría debido ser el siguiente paradigma de cristianismo que nunca tuvo lugar: *una religión que integrara en sí la increencia tanto como la creencia, la inexistencia de Dios tanto como su existencia*. Lo que parece un contrasentido, deja de serlo en cuanto se toma en consideración el hecho de que la fe cristiana es la única que incluye dentro de sí su propia denegación. En efecto, el instante del *lama sabachthani*, el lamento de Jesús en la cruz: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», concentra en sí en toda su intensidad lo insondable de esa contradicción. G. K. Chesterton lo señala con lucidez:

En la terrible historia de la pasión hay una clara sugerencia emocional de que el autor de todas las cosas (de algún modo inconcebible) pasó no solo por la agonía sino por las dudas (...). Cuando el mundo se estremeció y el sol se borró del cielo, no fue por la crucifixión, sino por el grito desde la cruz, el grito que confesaba que *Dios había olvidado a Dios* (...). *Solo encontrarán una religión en la que Dios haya parecido ser ateo por un instante*<sup>2</sup>.

Momento terrible en el que la divinidad muere para sí misma en la persona de Cristo. Cada Viernes Santo, el día más luctuoso del calendario litúrgico, se repite en los templos católicos una extraña escena: la exhibición de la imagen de la cruz cubierta con un lienzo. Mediante la maniobra iconográfica *de presentar a la vista de los feligreses la ocultación del Hijo de Dios*, lo que se designa es *la ausentación sensible de la divinidad*; una ausentación que dura lo que duró su muerte, la duda y el miedo que la precedieron, ese miedo cervical que hizo sudar sangre a Jesús. Tres días de ausencia, tres días sepultado en su tumba que se hicieron eternos, antes de reaparecer resucitado. Triduo cíclico,

---

2 Gilbert Keith Chesterton, *Ortodoxia*, traducción de Miguel Temprano, Acatilado, Barcelona, 2013, pp. 181-182.

reiterado año tras año, como si Dios pasara una y otra vez por la misma abismal experiencia de su propia descreencia, de su propia negación y muerte, para luego resurgir de nuevo y volver a ser desmentido por la fuerza de las cosas mismas, esto es, por sí mismo, y así sucesivamente. Se diría que Dios, no pudiendo dejar nada fuera de sí, abrazara también su propia inexistencia, y que esta constituyera todavía una modalidad suya, la más interior y silente. Momento crepuscular que en la experiencia mística se corresponde con la llamada noche del alma, en la que el Altísimo se eclipsa en cuanto objeto de fe y conocimiento. No es solo que lo más refractario de la divinidad todavía persista en el fondo de su angustiosa ausencia, tampoco la finitud de la presencia puede hacer justicia a su indeterminación, ¿cómo su infinitud iba a dejarse comprender en cualquier ser y saber particulares? Extraño comportamiento epistemológico de la divinidad, por el que parece escamotearse allí donde se la quisiera accesible y presentarse allí donde se la daba por perdida. De modo que el creyente, íntimamente desgarrado, ¿qué otra forma de piedad conocerá a no ser la de perseguirla en esa alternancia insensata? Nada más natural, pues, que *en su conciencia se reproduzca esa misma ambivalencia, y que no haya mayor fidelidad a la vida divina que afirmar a Dios negándole o que negarle afirmándole.*

Si Dios se ausenta para el cristiano, a fin de que no se conforme con ese ser hipostático producido por la dogmática y objeto de la piedad religiosa; por otro lado, Dios regresa inoportunamente para el ateo a fin de revelarle las proporciones de su incalculable deuda contraída con el judeocristianismo. Por eso, la historia más reciente ha dado cuenta de esta suerte de dialéctica teológica que obliga respectivamente al cristianismo a hacer la experiencia de la muerte de Dios y al ateísmo la de la imposibilidad de su muerte, como llevándoles a uno y otro permanentemente la contraria. En efecto, mientras el pasado siglo xx, eminentemente

profano, hizo la experiencia de la finiquitación de la instancia divina, el siglo XXI parece marcado por un resurgimiento de la teología al primer plano de la escena filosófica. Regreso como hegeliano de una teología que ha pasado por el momento de la negatividad y que, por tanto, ya no puede ser inocente. Teología desde el agnosticismo o desde el ateísmo, desde la razón y desde la inmanencia. Regreso también freudiano de lo rechazado, de aquello de la divinidad con lo que el rechazo no pudo acabar, de aquel resto irreductible que no se dejó alcanzar por el poder de negación humano y que quedó como a la sombra del mismo, convertido en oscura y amenazadora verdad para la tranquilidad de la razón. Porque, frente a ese utopismo ateo que creía recusar a Dios de una vez por todas y en toda su extensión, Maurice Blanchot ya introdujo una reserva nada desdeñable, a saber: que a un objeto infinito solo le puede corresponder una negación sin fin, de modo que lo que la muerte de Dios indica en realidad es *el poder no finito, inacabable, que tiene el hombre de negarle*, y la necesidad de añadir negación sobre negación, en la imposibilidad de alcanzar jamás la medida de su infinitud. *Al final del túnel de la muerte de Dios todavía está Dios*, aunque sea bajo la forma de lo que Dionys Mascolo llama «*el bulbo indestructible de su nombre*»<sup>3</sup>. En su tumba misma todavía palpita «lo que de Dios sobrevive a su refutación moral»<sup>4</sup>, la divinidad de la teología negativa y de la mística femenina, la divinidad-experiencia que se confunde con las fuerzas más íntimas y excesivas de la vida, de la que san Pablo dijo: «terrible cosa es caer en las manos del Dios vivo» (Heb 10, 31)<sup>5</sup>, y Georges Bataille: «En lugar de Dios... no hay más que

3 Dionys Mascolo, «Nietzsche, l'esprit moderne et l'Antéchrist» en *À la recherche d'un communisme de pensée*, Fourbis, París, 1993, p. 227.

4 *Ibid.*, p. 227.

5 Todas las citas bíblicas directas pertenecen a la clásica versión de Nácar-Colunga.